

11. La evaluación del presidente de Colombia por parte de los congresistas latinoamericanos: los casos de Uribe (2002-2010) y Santos (2010-2018)

José Manuel Rivas
Asbel Bohigues

DOI: <https://doi.org/10.17230/9789587208092ch11>

Resumen

La figura presidencial juega un papel fundamental en sistemas políticos presidencialistas como los de América Latina, ya que cuenta con la misma legitimidad popular que el parlamento y generalmente dispone de amplias atribuciones político-constitucionales. Debido a lo anterior, la mayoría de los estudios de opinión pública pide a los encuestados que evalúen de manera positiva o negativa a los principales líderes políticos del país, incluido el presidente o la presidenta. Estos datos sobre la popularidad de los líderes suelen utilizarse como una variable explicativa de los procesos electorales. Sin embargo, existen pocos trabajos que ahonden en la proyección del presidente por parte de las élites políticas, a pesar de contar con información para ello, como los datos disponibles en el marco del Proyecto de Élite Parlamentarias de América Latina de la Universidad de Salamanca. El objetivo de este capítulo es identificar, a partir de la evidencia empírica de los congresos latinoamericanos, qué impulsa a las élites políticas a evaluar mejor o peor a determinados líderes presidenciales, en este caso a Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos. Para ello, se tienen en cuenta variables explicativas, como la ideología y la distancia ideológica entre el legislador y el presidente.

Introducción

Los presidentes son actores clave en los sistemas políticos contemporáneos, más aún en países presidencialistas donde tienen legitimidad

popular y amplias atribuciones político-constitucionales (Linz, 1990). Parte de los trabajos sobre el liderazgo presidencial se centra, entre otras cuestiones, en los rasgos personales de los líderes, sus índices de aprobación, el análisis de sus discursos y, cada vez más habitualmente, la evaluación o la confianza que la ciudadanía tiene en sus líderes políticos (Huckfeldt *et al.*, 2005; Burns, 2010; Kenski y Jamieson, 2010; Ono y Burden, 2019). Estos últimos trabajos se basan en estudios de opinión pública en los que se pide a los encuestados que evalúen de manera positiva o negativa a los principales líderes políticos del país, incluido el presidente o la presidenta. Los datos sobre la popularidad de los líderes también son una variable explicativa de los procesos electorales (Rico, 2002; McDermott, 2009; Nadeau y Nevitte, 2011).

Sin embargo, existen pocos trabajos que ahonden en la proyección del presidente por parte de las élites políticas, a pesar de contar con información para ello, como la que proporciona la Base de Élite Latinoamericanas de la Universidad de Salamanca (PELA-USAL). El objetivo de este capítulo es identificar, a partir de la evidencia empírica de los congresos latinoamericanos, qué impulsa a las élites políticas a evaluar mejor o peor al líder que ostenta la Presidencia de la República en otro país. Para ello, se tienen en cuenta variables explicativas como la ideología y la distancia ideológica entre el legislador y el presidente.

En lugar de centrarse en las actitudes de la ciudadanía frente a los líderes nacionales, este estudio aborda un tema menos explorado, enfocándose en las actitudes de los legisladores con respecto a los líderes presidenciales extranjeros, con el fin de testar los supuestos planteados por la literatura e identificar qué factores están detrás de las evaluaciones de los líderes presidenciales. Para lograr identificar los predictores de la evaluación de estos líderes, se atiende al caso colombiano incluyendo a dos presidentes: Álvaro Uribe (2002-2011) y Juan Manuel Santos (2011-2018). El objetivo complementario es comprobar la proyección que han tenido los dos principales líderes políticos colombianos del siglo XXI entre los legisladores latinoamericanos.

Los resultados muestran que a la hora de valorar a ambos líderes, la principal variable explicativa es la lógica amigo-enemigo medida con la distancia ideológica. Esto es, cuanto más cercano se siente el diputa-

do/a al líder colombiano, mejor será la valoración, independientemente del género, la ideología, el estatismo, o los ingresos. También hallamos diferencias entre ambos líderes: mientras que Uribe tiene una marcada carga ideológica, siendo valorado mejor por la derecha, esto no ocurre con Santos, quien de hecho es mejor valorado tanto por quienes apoyan el libre comercio con Estados Unidos como por quienes apoyan la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA).

El capítulo tiene la siguiente estructura. En primer lugar, se hace una revisión de literatura sobre la proyección de los líderes políticos y sus especificidades en el contexto presidencialista latinoamericano. A continuación, se repasa brevemente la biografía política de los líderes evaluados. En tercer lugar, se presentan la base de datos, las preguntas utilizadas y la metodología de análisis. Más adelante, se muestran los resultados del modelo. Por último, se presentan las conclusiones y las perspectivas de futuro.

Proyección de los líderes políticos

El presidente tiene un rol en los sistemas políticos presidencialistas, pero incluso en otras formas de gobierno el liderazgo es un elemento fundamental para entender los procesos políticos contemporáneos, y en particular el comportamiento político y electoral. De hecho, es cada vez más habitual que los estudios de opinión pública pregunten acerca de la proyección y la popularidad de los líderes políticos nacionales. Algunos trabajos académicos (McDermott, 2009; Nadeau y Nevitte, 2011) utilizan el liderazgo como una variable explicativa del comportamiento electoral; sostienen que la imagen pública de los líderes o candidatos se basa en “sus características personales, y no en aspectos de los partidos, las ideologías y las políticas que representan” (Rico, 2002, p. 41).

Estos estudios suelen concebir al liderazgo como un conjunto de atributos personales (Northouse, 2001), y al líder político como un *caudillo carismático* en el sentido weberiano, a quien las masas siguen porque perciben en él o ella rasgos excepcionales (Weber, 2004). No obstante, los líderes políticos no solo dependen de sí mismos, sino de las organizaciones políticas colectivas, generalmente partidos políticos. Este tipo de

organizaciones terminan siendo dominadas por funcionarios y burócratas (Elcock, 2001), a los que Weber denominó *políticos profesionales* (Weber, 2004).

En las democracias representativas, los partidos políticos son los encargados de reclutar a los políticos profesionales, a los que recurren los líderes “para adoptar decisiones, fijar la agenda, estudiar cómo realizar las tareas políticas, buscar recursos y recabar apoyos” (Sánchez, 2004, p. 32). A este grupo de profesionales reclutados para ocupar diferentes cargos públicos en los partidos y las instituciones, con fuertes lazos entre sus miembros y que concentran el poder político frente al resto de la población, se le llama *élite política* (Parry, 2005). Si bien hay numerosos estudios que examinan la proyección de los líderes políticos entre la ciudadanía, son escasos los que se centran en la evaluación que las élites políticas hacen de ellos.

Los trabajos que abordan la popularidad de los líderes como una variable explicativa del comportamiento electoral indican que la ciudadanía evalúa positivamente a sus líderes en función de los rasgos personales de estos y de sus votantes, en particular la edad, el género, la etnia, el lugar de residencia, el nivel educativo y la religión (Kenski y Jamieson, 2010; Ono y Burden, 2019), pero también la ideología, la simpatía partidaria y las preferencias políticas (Huckfeldt *et al.*, 2005). Estas variables ayudan a explicar la proyección de los líderes políticos nacionales en la ciudadanía, pero aquí se argumenta que son insuficientes para comprender la evaluación de los líderes extranjeros por parte de las élites, por lo que se propone una nueva explicación: la lógica amigo-enemigo. Este nuevo enfoque, ya aplicado en otros trabajos (Rivas y Bohigues, 2022), se basa en el concepto de lo político como una distinción entre amigo y enemigo formulado por Carl Schmitt.

Schmitt (2007) sostiene que lo político ocupa un lugar central en la realidad social y que la distinción política básica es la de amigo-enemigo. Según este autor, las personas se agrupan como amigos y enemigos para que existan políticamente. La distinción amigo-enemigo es autónoma, pero puede articularse por antagonismo religioso, económico, étnico o de cualquier otro tipo.

El concepto schmittiano de lo político ha tenido impacto en la teoría realista de las relaciones internacionales. Morgenthau (2012) subraya la

influencia de la distinción amigo-enemigo en la política exterior, pero considera que esta no tiene la misma estructura lógica que las distinciones en otras esferas, como la moral (buenos-malos), la economía (eficiente-no eficiente), etc. En las otras esferas, las categorías de las parejas se distinguen por tener o no tener un valor moral, económico, etc., mientras que en el concepto de Schmitt lo político es que “el enemigo puede tener valor político o carecer de ese valor, y lo mismo se puede decir del amigo” (Morgenthau, 2012, p. 112). En un trabajo reciente, Crescenzi (2018) retoma la distinción amigo-enemigo en el campo de las relaciones internacionales para explicar la cooperación y el conflicto entre países, y en consecuencia, recurre al concepto de reputación, que, como la evaluación de los líderes políticos, es una variable que mide la percepción de terceros.

Curiosamente, es posible identificar un enfoque equivalente al de Schmitt en las teorías de polarización afectiva (Banda y Cluverius, 2018) y en la de votación espacial. Con relación a la polarización afectiva, Rogowski y Sutherland (2016) analizan los determinantes de la evaluación de candidatos mediante experimentos de encuestas; sus datos confirman que los encuestados que se sienten más cercanos a un candidato lo evaluarán mejor. Del mismo modo, la polarización afectiva en las evaluaciones de los líderes políticos es más común entre los encuestados con compromisos ideológicos más extremos y un mayor nivel de interés político (Rogowski y Sutherland, 2016).

Otro enfoque relacionado con la teoría de Schmitt es la teoría de votación espacial, propuesta originalmente por Downs (1957). Esta teoría considera que el voto es el resultado de la interacción entre las estrategias de los candidatos (élite política) y la distribución del apoyo de los votantes (Arrow, 1990; Hinich y Munger, 1997; Bølstad y Dinas, 2017). Hay dos tipos principales de modelos de votación espacial: proximidad y direccional. Lo primero significa que el votante aumenta la utilidad de un candidato cuando defiende opiniones más cercanas a él o ella en una o más dimensiones (Downs, 1957; Davis *et al.*, 1970; Shepsle, 1973; Wittman, 1973; Calvert, 1985; Gofman, 1985; Westholm, 1997). Los modelos direccionales, por otro lado, tienen en cuenta no solo la proximidad espacial, sino también la dirección que toma el candidato con respecto al *statu quo* y su intensidad (Weisberg, 1974; Fiorina y Plott, 1978; Matthews, 1979; Rabinowitz y Macdonald, 1989; Merrill III y Gofman, 1999).

La teoría de la votación espacial pretende explicar el voto, no la evaluación de los líderes extranjeros por parte de los legisladores. El enfoque de este capítulo se basa en los trabajos sobre proyección de líderes y en la teoría de Schmitt, pero se inspira en los modelos de votación espacial, específicamente los modelos de proximidad, para operacionalizar la distinción amigo-enemigo con los datos disponibles.

Por lo tanto, construyendo sobre las ideas centrales de la literatura de polarización afectiva y la teoría de votación espacial, pero especialmente sobre la lógica amigo-enemigo, se sostiene la idea de que esta última está profundamente arraigada en las mentes de las élites políticas, especialmente cuando deberían valorar aspectos de la política exterior. Se adapta la lógica amigo-enemigo a las posiciones ideológicas, a saber, la distancia ideológica entre las élites políticas y los líderes extranjeros, y el impacto que esta distancia podría tener en la evaluación. Más allá de la simple autoidentificación ideológica, que es una variable puramente descriptiva, la distancia ideológica es una variable que mide la relación de enemistad entre el evaluador y el evaluado. Cuando el evaluador siente que el evaluado es ideológicamente más cercano, sería un amigo; cuando el primero siente que el evaluado es ideológicamente más distante, sería un enemigo. De hecho, este es un razonamiento que se asemeja a los modelos de votación espacial, y una variable similar se utiliza en otros trabajos como una variable independiente para explicar la polarización de la confianza política (Torcal y Bargsted, s. f.). El argumento teórico del capítulo no es que la distinción amigo-enemigo sea simplemente ideológica, sino que la distancia ideológica es un instrumento adecuado para poner en práctica un concepto tan teórico con un diseño similar al de los modelos de votación espacial (Rivas y Bohigues, 2022).

La imagen de Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos en América Latina

Según el enfoque posicional del liderazgo, un líder político es aquel individuo con autoridad para destinar recursos, determinar objetivos y afectar las políticas públicas de una unidad política. En América Latina el estudio de los líderes políticos ha estado vinculado a cuestiones como

la gobernabilidad, por su importante papel en la consolidación de la democracia en la región (Blázquez, 2002); el populismo, porque uno de los rasgos de este fenómeno es la naturaleza personalista y carismática de sus líderes (Roberts, 1999; Weyland, 1999); y el liderazgo presidencial (Cherensky, 2008; Rodríguez, 2012; Alcántara *et al.*, 2017). Este último tipo de estudios ha puesto énfasis en las carreras políticas y la posición institucional de los presidentes en los sistemas políticos presidencialistas latinoamericanos.

El líder presidencial es la figura central del presidencialismo, pero su papel gana aún mayor peso en situaciones bélicas o de inestabilidad política, en la medida en que son capaces de canalizar el descontento y las demandas de la ciudadanía, y gozan de más atribuciones en la toma de decisiones al ejercer de directores de la seguridad y la defensa (Bachelet, 2004; Burns, 2010; Duque, 2017). En los sistemas presidencialistas, el líder presidencial asume el cargo de comandante en jefe de las fuerzas armadas, lo que le permite adjudicar las partidas presupuestarias para la defensa, realizar nombramientos militares, declarar la guerra y hacer la paz; estas dos últimas funciones son compartidas con el Congreso (Neustadt, 1990).

En ese sentido, Colombia es un caso típico, ya que el presidente ha centralizado la toma de decisiones en materia de guerra y de paz (Palacios, 2001). A pesar de ello, el país se caracterizó durante el siglo xx por tener un sistema de partidos institucionalizado, antipersonalista y con fuertes bases localistas, que impidió la llegada al poder de líderes fuertes¹ (Palacios, 2001). Esta dinámica antipersonalista se quebró con la llegada a la presidencia de Álvaro Uribe, que supuso una “novedad histórica” por su retórica antipartidaria y carismática (Galindo, 2007), y su proyecto personalista articulado en torno a la solución militar del conflicto (Fierro, 2014; Cardona, 2016).

Álvaro Uribe fue el primer presidente colombiano, desde Julio César Turbay, que mantuvo una posición de confrontación con los grupos

¹ A mediados del siglo xx Colombia tuvo líderes carismáticos como el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán y el exdictador Gustavo Rojas Pinilla, pero sus aspiraciones políticas se vieron frustradas con el asesinato del primero en 1948 y el fraude electoral al segundo en 1970.

armados guerrilleros, y el primero en ser reelecto (CIDOB, 2020).² Nació el 4 de julio de 1952 en Medellín. Comenzó a militar en las Juventudes Liberales mientras realizaba sus estudios en derecho y ciencias políticas en la Universidad de Antioquia. Al terminar la licenciatura, comenzó su carrera de funcionario público y llegó a ocupar diversos cargos en las administraciones del Estado. A comienzos de la década de los ochenta fue director de la Aeronáutica Civil, y en 1982 asumió su primer cargo electo, la Alcaldía de Medellín, con solo treinta años. Al terminar su mandato como alcalde, continuó su carrera política, primero como senador de la República (1986-1994), y más tarde como gobernador del departamento de Antioquia (1995-1997). Después de unos años trabajando como profesor en la Universidad de Oxford, regresó a Colombia para sumarse a la campaña presidencial del liberal Horacio Serpa; pero sus discrepancias con el candidato lo llevaron a lanzarse como candidato presidencial independiente en el 2002. Después de salir ileso de varios atentados, el último en plena campaña electoral, logró imponerse a sus rivales en primera vuelta, en parte gracias al apoyo del Partido Conservador, cuyo candidato se había retirado unas semanas antes de los comicios. En mayo del 2006, después de obtener un amplio apoyo en el Congreso para reformar la Constitución, Uribe fue reelegido como presidente.

En el ámbito interno, el Gobierno de Uribe impulsó la Política de Seguridad Democrática, una política de seguridad nacional para confrontar a los grupos guerrilleros que comprendía medidas como la abolición del requisito de concesión de estatus político a los grupos armados para iniciar desmovilizaciones, el reclutamiento de soldados campesinos y el fortalecimiento del servicio de inteligencia mediante la creación de redes de informantes y de zonas de rehabilitación en áreas de influencia de los grupos insurgentes (Leal, 2010). Esta política permitió intensificar las operaciones militares contra las guerrillas, sobre todo contra las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que fueron duramente golpeadas. Entre el 2003 y el 2009 se desactivaron cuarenta estructuras territoriales de este grupo, se entregaron a las autoridades doce mil seiscientos de sus miembros y desertaron más de mil mandos intermedios (Llorente, 2009).

² Los datos biográficos de Uribe y Santos se toman de la base de datos de CIDOB (2020).

Al tiempo que confrontaba a las organizaciones guerrilleras, Uribe inició, durante su primer mandato, un proceso de desmovilización de los grupos paramilitares. En junio del 2005 el Congreso de Colombia aprobó la Ley de Justicia y Paz, el marco jurídico que permitió la desmovilización de treinta mil combatientes en tres años a cambio de penas máximas de ocho años de prisión, y dispuso la entrega de montos de reparación a las víctimas y la extradición a Estados Unidos para aquellos paramilitares vinculados con el narcotráfico. El proceso de desmovilización de los grupos paramilitares tuvo una consecuencia inesperada, el estallido del escándalo de la *parapolítica* (connivencia entre parte de la clase política colombiana y los grupos paramilitares), que a partir del 2006 salpicó a una cuarta parte de los congresistas, todos de la coalición uribista, y a miembros importantes del Gobierno de Uribe, como el propio Juan Manuel Santos, acusado por el dirigente paramilitar Salvatore Mancuso de haberle solicitado derrocar al entonces presidente Ernesto Samper.

En cuanto a la política exterior, Uribe quería incorporar el conflicto colombiano a la “guerra global contra el terrorismo”, y pidió a los países vecinos “declarar a las FARC una organización terrorista” (Leal, 2010, p. 337). La política de mano dura se trasladó al ámbito internacional, con la presentación, a comienzos del 2007, de la Estrategia de Fortalecimiento de la Democracia y el Desarrollo Social, un acuerdo bilateral de cooperación militar entre Colombia y Estados Unidos (Rojas, 2007). Durante su gobierno mantuvo relaciones tensas con sus vecinos latinoamericanos. Su perfil derechista y proestadounidense lo enfrentó con buena parte de los Gobiernos progresistas de la región. Uno de los casos más dramático tuvo lugar en marzo del 2008, cuando las Fuerzas Armadas colombianas bombardearon un campamento de las FARC situado en territorio ecuatoriano, y acabaron con la vida de uno de los principales comandantes de esa guerrilla, Raúl Reyes. Este ataque militar provocó la crisis diplomática de Colombia con Ecuador y Venezuela, aunque esta se solventó en la XX Cumbre de Río, con un apretón de manos de los presidentes de estos tres países. Sin embargo, las tensiones diplomáticas entre Colombia y Venezuela continuaron hasta el final del mandato de Uribe. De hecho, semanas antes de que terminara el segundo gobierno de Uribe, en julio del 2010, el presidente venezolano Hugo Chávez rompió relaciones diplomáticas con Colombia después de que el Gobierno de ese país lo acusara de dar

cobijo en su territorio a miembros de las FARC y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). A pesar de estos escándalos internos e internacionales, Uribe terminó su mandato en agosto con una popularidad por encima del 70% en Colombia (Petrich, 2010).

En agosto, el candidato propuesto por Uribe, Juan Manuel Santos, tomó su relevo, después de que la Corte Constitucional frenara la reforma constitucional con la que Uribe buscaba presentarse a la tercera reelección. Santos pasará a la historia de Colombia como el presidente que consiguió poner fin al conflicto con las FARC después de cincuenta y tres años de conflicto armado interno. Nacido el 10 de agosto de 1952 en Bogotá, es descendiente de una de las familias más prominentes de Colombia, vinculada al periodismo y la política. Después de estudiar Economía y Administración de Empresas en Estados Unidos, trabajó como periodista. Sus primeros pasos en la política fueron en calidad de tecnócrata: fue ministro de comercio (1991-94) en el Gobierno de César Gaviria, y de hacienda (2000-02) en la presidencia de Andrés Pastrana. Aunque había militado hasta entonces en el Partido Liberal, en el 2005 se incorporó a la coalición oficialista en apoyo al presidente Álvaro Uribe, liderando el Partido Social de Unidad Nacional (Partido de la U), que se convertiría en el principal apoyo político de Uribe en el Congreso. En julio del 2006 fue designado ministro de defensa; como titular de esta cartera se convirtió en el azote de los grupos guerrilleros, especialmente de las FARC. En mayo del 2009 renunció al ministerio, y en abril del 2010 fue nombrado candidato presidencial por el partido oficialista, y obtuvo la victoria en la segunda vuelta de las elecciones, en agosto de ese mismo año. En julio del 2014 fue reelecto presidente en segunda vuelta, con un resultado muy ajustado y después de una campaña muy polarizada, centrada en las negociaciones de paz con las FARC (Rivas y Roll, 2016).

Santos comenzó su mandato con una fuerte ofensiva contra los grupos guerrilleros. Durante sus dos primeros años en la presidencia, la Fuerza Pública colombiana asestó importantes golpes a las FARC, descabezando su cúpula dirigente. Aunque todo parecía indicar que sería un presidente continuista de las políticas de su antecesor, en su discurso de posesión dejó abiertas las puertas al diálogo con los grupos guerrilleros. De hecho, tras meses de contactos previos, el 26 de agosto del 2012 el Gobierno de Santos y las FARC firmaron en La Habana el Acuerdo General para la Ter-

minación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera (Santos, 2014), en el que estableció una agenda de negociación con seis puntos: reforma rural integral; participación política; cese de hostilidades; drogas, víctimas y justicia transicional; e implementación de los acuerdos (Pizarro, 2017). El inicio de los diálogos causó la ruptura entre Santos y Uribe; este último, firme opositor de la negociación, terminó creando, junto con algunos de sus seguidores, una fuerza política, el Centro Democrático, que pronto se convirtió en el principal partido de oposición al Gobierno. Después de cuatro años de diálogos y meses de incertidumbre, el 26 de septiembre del 2016 el Gobierno de Santos y las FARC firmaron el Acuerdo Final de Paz en Cartagena. Nueve días después del acto, el 5 de octubre, el Gobierno sometió el Acuerdo a un plebiscito y, contra todo pronóstico, los colombianos lo rechazaron. Sin embargo, las partes alcanzaron un nuevo acuerdo, que fue aprobado por el Congreso de la República en noviembre de ese mismo año.

En cuanto a la política exterior, una de sus primeras medidas fue normalizar las relaciones diplomáticas con Venezuela (Rivas y Roll, 2016). Aunque fue continuista en la alianza política y económica de Colombia con Estados Unidos, mejoró las relaciones diplomáticas con los países vecinos, en especial con aquellos que tenían Gobiernos de izquierda. De hecho, en noviembre del 2010 Santos se refirió a Chávez como “su nuevo mejor amigo”, a pesar de que tenían diferencias ideológicas muy marcadas (El Tiempo, 2010). Durante su mandato, Santos trasladó al mundo una imagen de Colombia estrechamente vinculada con la construcción de la paz. En los diálogos con las FARC, la presencia de países mediadores se limitó a cuatro: Cuba y Noruega como garantes, y Chile y Venezuela como acompañantes, y se recurrió a las Naciones Unidas para la verificación del cese al fuego y la supervisión del desarme. Por último, en las negociaciones de Santos con el ELN se fijó la mediación de seis países: Chile y Ecuador como garantes, y Brasil, Cuba, Noruega y Venezuela como acompañantes.

A diferencia de Uribe, Santos culminó su mandato con un porcentaje de popularidad por debajo del 45% (El Espectador, 2018). Lejos de darle réditos electorales, su política de negociación con las guerrillas y con los países vecinos afectó negativamente su popularidad, que pasó de un 76% en octubre del 2010 (Caracol Radio, 2010), a un 21% en septiembre del 2013 (Noticias Caracol, agosto 15 del 2017). Si bien incrementó su

favorabilidad en vísperas de la segunda vuelta presidencial del 2014 al 52% (El Espectador, 2014), esta volvió a situarse en 21% en mayo del 2016 (El País, 2016).

Abordaje metodológico

Para entender la imagen que proyectan Uribe y Santos en las élites políticas latinoamericanas, más allá de Colombia, se recurre al PELA-USAL. Desde el 2009 los cuestionarios incluyen una batería de preguntas sobre líderes extranjeros, en la que los diputados deben ubicar a los presidentes en la escala 1-izquierda a 10-derecha. Además de la ubicación ideológica, los diputados también deben valorar en términos generales a estos mismos líderes, en una escala que va de 1-muy mal a 10-muy bien.

Esta pregunta de valoración es la que se utiliza en este capítulo como variable dependiente, para los casos de Álvaro Uribe (2002-2010) y Juan Manuel Santos (2010-2018). Debido a que estas preguntas iniciaron en el 2009, la cantidad de estudios disponibles es comparativamente menor para Uribe que para Santos³ (tabla 11.1).

Tabla 11.1 Estudios del PELA-USAL que incluyeron preguntas sobre la valoración de Uribe y Santos

Álvaro Uribe			Juan Manuel Santos		
País	Legislatura	Trabajo de campo	País	Legislatura	Trabajo de campo
Panamá	2009-2014	2009	Perú	2011-2016	2011
México	2009-2012	2009	México	2012-2015	2012
Ecuador	2009-2013	2009	Paraguay	2013-2018	2013
Honduras	2010-2014	2010	Ecuador	2013-2017	2013
R. Dominicana	2010-2016	2010	Panamá	2014-2019	2014

³ En cuanto a Uribe, solamente se dispone de datos de sus dos últimos años de mandato (2002-2010). En el caso de Santos se puede comprobar la variabilidad en momentos distintos de su período presidencial (2010-2018). Asimismo, conviene tener en cuenta que Uribe presidió el país en plena *marea rosa* en América Latina, mientras que Santos ejerció el cargo en una etapa con mayor heterogeneidad ideológica en los Gobiernos de la región.

Álvaro Uribe			Juan Manuel Santos		
Costa Rica	2010-2014	2010	Honduras	2014-2018	2014
Chile	2010-2014	2010	Chile	2014-2018	2014
Bolivia	2010-2015	2010	Costa Rica	2014-2018	2014
Argentina	2007-2011 2009-2013	2011	El Salvador	2015-2018	2015
Brasil	2007-2011	2010	México	2015-2018	2015
Uruguay	2010-2015	2010	Argentina	2015-2019	2015
Perú	2006-2011	2011	Uruguay	2015-2020	2015
			Bolivia	2015-2020	2015
			R. Dominicana	2016-2021	2016
			Guatemala	2016-2021	2016
			Venezuela	2016-2021	2016
			Ecuador	2017-2021	2017
			Perú	2016-2021	2017
			Nicaragua	2017-2022	2017

Fuente: PELA-USAL.

Debe recordarse en este punto que solo se va a trabajar con datos de los legisladores no colombianos, pues el interés radica en conocer la proyección de los dos presidentes colombianos fuera del país. En la siguiente sección se presentan los niveles de valoración en cada país por año. Además de presentar estos niveles de valoración, se va un paso más lejos y se ahonda en los determinantes de dichos valores. Esto es, ¿por qué los legisladores latinoamericanos valorarían mejor o peor a Uribe y a Santos?

Por la estructura de la variable dependiente, una escala de diez puntos, se utilizan regresiones logísticas ordenadas que permiten respetar la estructura original de los datos sin necesidad de dicotomizar la escala. En los dos modelos, uno por cada líder, se incluyen variables sociodemográficas, ideológicas, fuerzas armadas, de relaciones internacionales, y la variable de distancia ideológica para testar la lógica amigo-enemigo.

Como variables sociodemográficas se incluyen la edad (continua), el género (binaria, 1 para mujer), los estudios (escala de 1-sin estudios a 6-posgrado) y los ingresos mensuales (1-1.000 a 4.000 USD a 4-más de

10.000 USD). Para la religión optamos por incluir el nivel de religiosidad de los diputados, pues la variabilidad en las religiones es mucho menor: casi la totalidad de los diputados encuestados en el PELA-USAL son católicos. Luego de que se les pregunta por su religión, se les pregunta por la frecuencia con la que asisten a los servicios religiosos: 1-nunca o casi nunca, 2-una o dos veces al año, 3-una vez al mes, 4-una vez por semana, y 5-más de una vez por semana. A estas cinco opciones añadimos el valor 0 para los diputados que declararon que no son creyentes. Esto da lugar a una escala de religiosidad individual de los diputados de seis puntos.

En el ámbito ideológico-programático incluimos la autoubicación ideológica del diputado en dos escalas de diez puntos. Son el eje tradicional 1-izquierda a 10-derecha, y un eje para medir el grado de estatismo de los diputados: 1-Estado a 10-mercado. Para introducir en los modelos el rol de las fuerzas armadas, utilizamos la pregunta de valoración de las mismas en una escala 1-muy mal a 10-muy bien. De nuevo, se refiere a las fuerzas armadas de cada país.

Puesto que se trata de entender las razones detrás de una buena o una mala valoración de un líder extranjero, también decidimos incluir dos preguntas que representan en buena medida el escenario internacional de la región durante los mandatos de ambos presidentes, e incluso antes y después: el apoyo a un tratado de libre comercio (TLC) con los Estados Unidos para América Latina, y la valoración de la ALBA, ambas en una escala 1-muy mal a 10-muy bien.

Finalmente, para medir la lógica schmittiana amigo-enemigo, y basándonos en la literatura de los modelos espaciales de voto, creamos una variable de distancia ideológica entre el diputado y el presidente extranjero. Esta distancia es la diferencia absoluta entre la autoubicación ideológica del diputado y la ubicación ideológica otorgada por el propio diputado al presidente. Cabe destacar que estas tres preguntas (ubicación del presidente, valoración del presidente y autoubicación) están situadas en diferentes lugares del cuestionario, con lo cual el riesgo de contaminación entre las preguntas se reduce.

Los modelos incluyen también una variable binaria para dar cuenta de si el legislador pertenece al Gobierno o a la oposición a modo de control, y variables binarias por legislatura (país-año) a modo de efectos fijos. La tabla 11.2 presenta los estadísticos descriptivos de todas las variables.

Tabla 11.2 Estadísticos descriptivos de las variables

Variable	Obs.	Media	Desv. est.	Mín.	Máx.
Valoración de Santos	1.278	5,92	1,77	1	10
Valoración de Uribe	975	5,85	2,31	1	10
Distancia de Santos	1.257	2,99	2,50	0	9
Distancia de Uribe	972	3,10	2,47	0	9
Ideología	2.341	4,74	2,33	1	10
Mujer	2.379	0,27	0,44	0	1
Edad	2.311	48,40	10,93	21	86
Estudios	2.359	5,07	0,95	1	6
Ingresos	2.274	2,16	1,06	1	4
Religiosidad	2.273	2,62	1,49	0	5
Fuerzas Armadas	2.259	6,81	2,42	1	10
Estado/mercado	2.382	5,49	2,60	1	10
TLC con Estados Unidos	2.333	5,84	2,85	1	10
ALBA	2.270	4,76	2,92	1	10
Oposición	2.240	0,52	0,50	0	1

Fuente: Elaboración propia a partir del PELA-USAL.

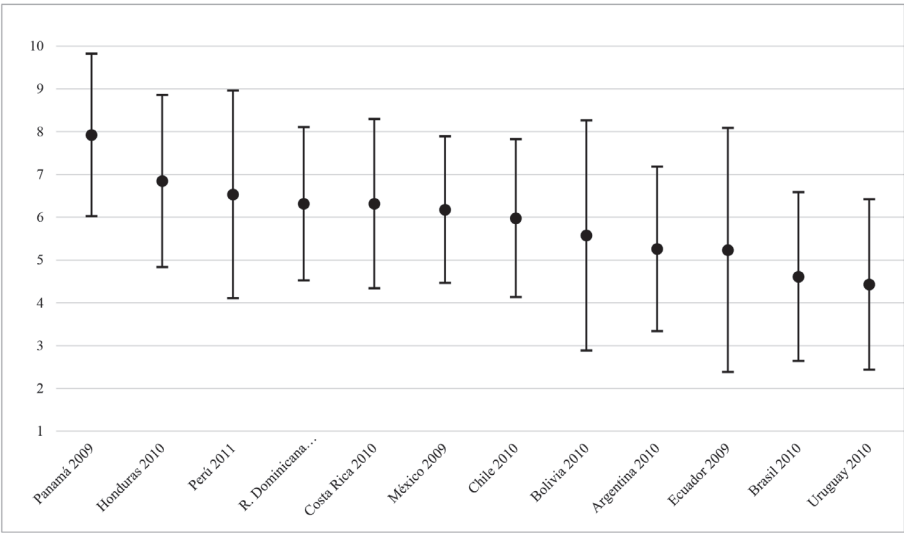
Teniendo en cuenta el perfil y la trayectoria de Uribe y de Santos, esperamos encontrar para Uribe efectos positivos en ideología, Estado/mercado, fuerzas armadas y valoración de un TLC con Estados Unidos. Por el contrario, esperamos un efecto negativo en la ALBA. Para el caso de Santos, esperaríamos encontrar efectos nulos en las tres primeras variables, puesto que Santos se ha movido entre el uribismo y la izquierda colombiana, pero esperamos los mismos efectos que en Uribe para las variables sobre Estados Unidos y la ALBA. Al fin y al cabo, durante la presidencia de Santos Colombia siguió integrando el eje de integración regional abierta (Bohigues y Rivas, 2019). Para ambos casos esperamos un efecto negativo de la distancia ideológica: a mayor distancia del diputado respecto del presidente (enemigo) la valoración será peor, y a menor distancia (amigo) la valoración será mejor.

Resultados

La valoración de Uribe y de Santos por parte de la élite latinoamericana

La figura 11.1 recoge la valoración de Álvaro Uribe en las legislaturas disponibles del PELA-USAL, con la media y la desviación típica. Salvo por el caso peruano, los países que mejor valoran a este presidente colombiano son centroamericanos y los caribeños, con Panamá (7,92) y Honduras (6,85) a la cabeza, y los que peor lo valoran son los sudamericanos, siendo Brasil (4,61) y Uruguay (4,43) los que le otorgan la peor nota.

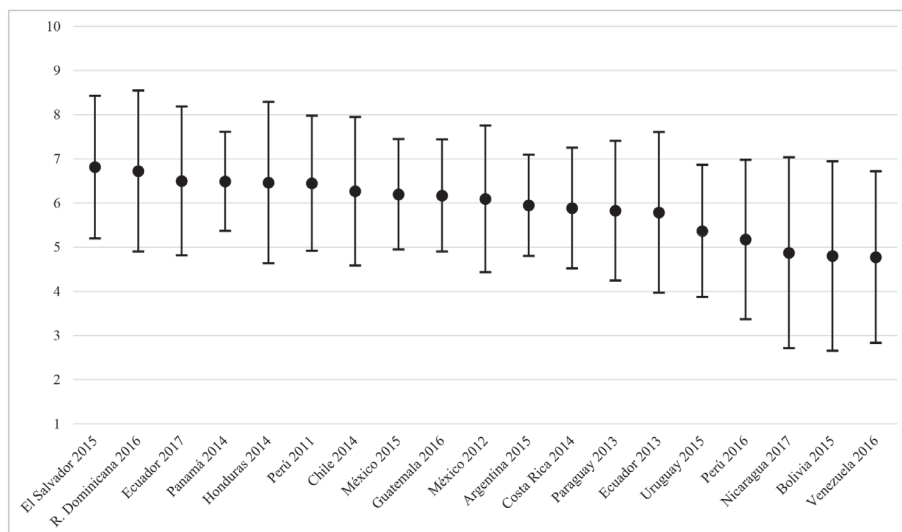
Figura 11.1 Valoración de Álvaro Uribe en los parlamentos latinoamericanos



Fuente: Elaboración propia a partir del PELA-USAL.

Esta división territorial no es tan clara en el caso de Santos (figura 11.2), aunque hay que tener en cuenta que hay más años y países. No obstante, aquí también encabezan las mejores puntuaciones un país centroamericano, El Salvador en el 2015 (6,81), y uno caribeño, República Dominicana en el 2016 (6,72), y las cierran dos países sudamericanos, Bolivia en el 2015 (4,8) y Venezuela en el 2016 (4,77).

Figura 11.2 Valoración de Juan Manuel Santos en los parlamentos latinoamericanos



Fuente: Elaboración propia a partir del PELA-USAL.

Determinantes de la evaluación de Uribe y de Santos por parte de los congresistas latinoamericanos

La tabla 11.3 presenta las regresiones logísticas ordenadas para la valoración de ambos presidentes colombianos. En primer lugar, el principal predictor de la valoración es, cumpliendo con nuestras expectativas, la lógica amigo-enemigo, operacionalizada en este caso con la distancia ideológica. Más que la ideología en sí, las características sociodemográficas o las opiniones sobre la esfera internacional, la clave para que un legislador de cualquier país latinoamericano valore mejor o peor tanto a Uribe como a Santos es su grado de cercanía percibido. Esto es, si se trata de un “amigo”, la valoración será mejor que si se trata de un “enemigo”. A pesar de este hallazgo, el principal y con mayor relevancia teórica, las demás variables de los modelos dan cuenta del tipo de imagen y de proyección de ambos líderes más allá de Colombia, en los parlamentos de la región.

En el caso de Uribe, aun controlando por la distancia ideológica, la autoubicación del diputado en el eje izquierda-derecha sigue importando: la derecha valora mejor a Uribe. Dicho de otra forma, a una misma

distancia ideológica, un diputado de la derecha lo valorará mejor que un diputado de la izquierda. Más interesante aún, no se encuentra este efecto para Santos, por lo que puede deducirse que el perfil ideológico de derecha de Uribe es más patente para la élite latinoamericana que en el caso de Santos.

Sobre las variables sociodemográficas, aunque incluidas en las regresiones fundamentalmente como controles, conviene resaltar las diferencias de los efectos entre un líder y otro. Ni la edad ni los ingresos importan, pero sí el género para Santos y los estudios para Uribe. Las diputadas latinoamericanas valoran peor a Santos que los diputados, mientras que los diputados con mayor nivel educativo (por ejemplo, grado superior y posgrado) valoran mejor a Uribe que los diputados con menor nivel educativo (por ejemplo, sin estudios, primaria y secundaria). Mención aparte merece la religiosidad, que aunque con un coeficiente bajo y menos significativo que el resto, tiene un efecto positivo sobre la valoración de Santos, pero no sobre la de Uribe.

Pasando a las preguntas sobre las Fuerzas Armadas y el Estado-mercado, ninguna de las dos tiene efectos. Ni el aspecto militar ni las opiniones sobre el grado de intervención del Estado en la economía importan a la hora de valorar a ambos presidentes. Finalmente, sobre el ámbito internacional, se cumplen una vez más las expectativas, aunque con un matiz importante. Como se planteó en la anterior sección, los diputados con una mejor opinión de Estados Unidos, concretamente del libre comercio con este país, y una peor opinión de la ALBA, representativa del socialismo del siglo XXI en la región, tienen una mejor opinión de Uribe. Este presidente colombiano claramente se sitúa, a ojos de la élite latinoamericana, del lado de los Estados Unidos y frente a la izquierda bolivariana.

Esta situación no se repite para Santos. Si bien se encuentra el mismo efecto positivo en la pregunta sobre el libre comercio con Estados Unidos, el coeficiente para la ALBA es positivo también, no negativo. Tanto los legisladores que ven con buenos ojos un TLC con Estados Unidos, como los que ven con buenos ojos la ALBA dan mejores puntuaciones a Santos. Este presidente colombiano consiguió, según se desprende del modelo, al mismo tiempo ubicarse del lado de los Estados Unidos y que los partidarios de un regionalismo más opuesto, precisamente, a los Estados Unidos lo valoraran bien. Por consiguiente, Santos estaría mejor posicionado en América Latina para asuntos supranacionales, al poder moverse con relativo

éxito entre estos dos polos en la arena internacional de la región, según apunta la evidencia de las opiniones de los diputados latinoamericanos.

Tabla 11.3 Regresiones logísticas ordenadas:
valoración de Uribe y de Santos

	Álvaro Uribe		Juan Manuel Santos	
Distancia	-0,26	(0,04)***	-0,25	(0,04)***
Ideología	0,18	(0,05)***	-0,02	(0,04)
Mujer	0,19	(0,20)	-0,29	(0,14)**
Edad	-0,01	(0,01)	-0,01	(0,01)
Estudios	0,21	(0,07)***	-0,03	(0,07)
Ingresos	-0,10	(0,09)	-0,01	(0,08)
Religiosidad	0,05	(0,06)	0,09	(0,05)*
Fuerzas Armadas	0,03	(0,04)	0,01	(0,03)
Estado/mercado	0,04	(0,03)	-0,02	(0,04)
TLC con Estados Unidos	0,19	(0,04)***	0,14	(0,03)***
ALBA	-0,12	(0,04)***	0,11	(0,03)***
Oposición	0,08	(0,16)	-0,12	(0,14)
/cut1	-1,57	(0,84)	-4,63	(0,75)
/cut2	-0,61	(0,83)	-3,60	(0,73)
/cut3	0,32	(0,83)	-2,84	(0,72)
/cut4	1,15	(0,83)	-2,02	(0,71)
/cut5	2,45	(0,84)	-0,63	(0,71)
/cut6	3,35	(0,84)	0,48	(0,71)
/cut7	4,29	(0,85)	1,70	(0,71)
/cut8	5,41	(0,85)	3,33	(0,72)
/cut9	6,68	(0,86)	4,74	(0,76)
N	738		951	
Legislaturas	11		18	
Pseudo R2	0,16		0,08	

*** $p \leq 0,01$; ** $p \leq 0,05$; * $p \leq 0,1$.

Fuente: Elaboración propia a partir del PELA-USAL.

Nota: Ambos modelos incluyen efectos fijos por legislatura (país-año). Errores estándar entre paréntesis.

Debido a que Costa Rica no posee fuerzas armadas propias, y que por tanto no se incluye su valoración en los cuestionarios, los modelos no incluyen a Costa Rica. No obstante, se repitieron los mismos modelos sin esta variable para que se pudieran incorporar los casos costarricenses. Los resultados no cambian si se incluye o excluye la pregunta de las fuerzas armadas y Costa Rica.

Por último, no hay efectos por ser un diputado afín al Gobierno o de la oposición. Así pues, más allá del género, la religiosidad, los estudios, Estados Unidos, la ALBA o la propia ideología, el principal predictor para ambos presidentes fue la lógica amigo-enemigo. Lo fundamental a la hora de opinar sobre Uribe y Santos es siempre el grado de cercanía percibido por los diputados.

Conclusiones

Este capítulo tenía como objetivo identificar los niveles de valoración de los dos principales líderes políticos colombianos del siglo XXI, Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos, y sus determinantes entre la élite política latinoamericana, más allá de Colombia. En la sección descriptiva encontramos que los parlamentos centroamericanos y caribeños tienen una imagen comparativamente mejor que los sudamericanos. No obstante, esta diferencia geográfica puede estar superponiéndose a una diferencia ideológica, pues en los años de los estudios del PELA-USAL aquí analizados había mayorías parlamentarias de izquierda en Sudamérica, y de centro-derecha y derecha en Centroamérica y el Caribe.

Sobre los determinantes, la propuesta de la operacionalización de la lógica amigo-enemigo a través de la distancia ideológica ha quedado corroborada por los datos. Cuanto más cercanos ideológicamente se sienten los diputados a los dos presidentes (amigos), la valoración es mejor que si la distancia fuera mayor (enemigos). La base de datos del PELA-USAL ha permitido testar empíricamente el concepto teórico propuesto por Schmitt en un ámbito relevante como el liderazgo de los presidentes en política exterior.

Para el caso de Uribe, el principal hallazgo es la importancia de la ideología, aun controlando por la distancia, precisamente, ideológica. También su clara preferencia por quienes desean un TLC con Estados Unidos y rechazan el modelo de la ALBA. En contraposición, frente a la fuerte carga ideológica de las valoraciones de Uribe, Santos es un líder más transversal: la ideología no es relevante, y está mejor valorado por la izquierda latinoamericana identificada con la ALBA, y también por la élite que apoya el libre comercio con el vecino del norte.

Este capítulo, por tanto, ofrece una panorámica de la imagen que proyectaron Uribe y Santos en América Latina, concretamente entre los miembros de los parlamentos. No debe olvidarse el hecho de que no se cuenta con datos para los años 2002 a 2008 para Uribe, cuando ya era presidente, porque el PELA-USAL solo comenzó a preguntar por líderes extranjeros en el 2009. La principal conclusión que se puede extraer es que Uribe fue un líder claramente ideologizado, escorado a la derecha en el sentido en que esta lo evalúa mejor, y que Santos despertó simpatías en los dos extremos de la arena internacional latinoamericana durante las primeras décadas del siglo XXI: Estados Unidos y el bolivarianismo. Y con todo, lo más importante para valorar a ambos líderes es si se les considera amigos o enemigos. La identificación de la lógica amigo-enemigo como principal determinante de su evaluación es el principal hallazgo de este capítulo porque nos ayuda a entender cómo interactúan las actitudes de la élite parlamentaria en relación con la política exterior.

Referencias

- Alcántara, M., Blondel, J., y Thiébault, J. L. (Eds.). (2017). *Presidents and democracy in Latin America*. New York: Routledge.
- Arrow, K. (1990). *Advances in the Spatial Theory of Voting*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bachelet, M. (2004). El liderazgo político, una mirada desde la defensa. *Revista Enfoques: Ciencia Política y Administración Pública*, 2, 3-11.
- Banda, K. K., y Cluverius, J. (2018). Elite polarization, party extremity, and affective polarization. *Electoral Studies*, 56, 90-101.
- Blázquez, B. (2002). Liderazgo político y gobernabilidad: cuestiones abiertas, futuro incierto. VII Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública (8-11 de octubre del 2002). Lisboa: CLAD. <https://bit.ly/3sY1YFe>.
- Bohigues, A., y Rivas, J. M. (2019). Free trade agreements and regional alliances: support from Latin American legislators. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 62(1), e001. <https://doi.org/10.1590/0034-7329201900101>.

Bølstad, J., y Dinas, E. (2017). A categorization theory of spatial voting: How the center divides the political space. *British Journal of Political Science*, 47(4), 829-850.

Burns, J. M. (2010). *Leadership*. New York: Harper Collins.

Calvert, R. L. (1985). Robustness of the multidimensional voting model: Candidate motivations, uncertainty, and convergence. *American Journal of Political Science*, 29(1), 69-95.

Caracol Radio (diciembre 16 del 2010). Santos, Uribe y Vargas Lleras, los más populares en Colombia. <https://bit.ly/3h8WZyC>.

Cardona, L. M. (2016). *La culebra sigue viva: miedo y política. El ascenso de Álvaro Uribe Vélez al poder presidencial en Colombia (2002-2010)*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

Cherensky, I. (2008). *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL.

Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona - CIDOB (2020). Biografías de líderes políticos. Barcelona: CIDOB. https://www.cidob.org/biografias_lideres_politicos.

Crescenzi, M. (2018). *Of friends and foes: Reputation and learning in international politics*. Oxford: Oxford University Press.

Davis, O. A., Hinich, M., y Ordeshook, P. C. (1970). An expository development of a mathematical model of the electoral process. *The American Political Science Review*, 64(2), 426-448.

Downs, A. (1957). *An economic theory of democracy*. New York: Harper and Row.

Duque, J. (2017). Political leadership in a turbulent environment: César Gaviria and Álvaro Uribe. En M. Alcántara, J. Blondel y J. L. Thiébault (eds.), *Presidents and democracy in Latin America* (pp. 117-144). New York: Routledge.

El Colombiano (octubre 12 del 2018). Juan Manuel Santos se estrena como profesor. <https://bit.ly/3sXU3HH>.

El Espectador (junio 6 del 2014). Santos y Zuluaga, la diferencia es apenas de 0,8%. <https://bit.ly/3NydsbH>.

El País (mayo 6 del 2016). La popularidad de Santos llega a sus niveles más bajos. <https://bit.ly/3DAH6bZ>.

El Tiempo (noviembre 7 del 2010). 'Mi nuevo mejor amigo', llamó Juan Manuel Santos a Hugo Chávez. <https://bit.ly/3T5RGNA>.

Elcock, H. (2001). *Political leadership*. Northampton: Edward Elgar Publishing.

Fierro, M. I. (2014). Álvaro Uribe Vélez: populismo y neopopulismo. *Análisis Político*, 27(81), 127-147. <https://doi.org/10.15446/anpol.v27n81.45770>.

Fiorina, M. P. y Plott, C. R. (1978). Committee decisions under majority rule: An experimental study. *The American Political Science Review*, 72(2), 575-598.

Galindo, C. (2007). Neopopulismo en Colombia: el caso del Gobierno de Álvaro Uribe Vélez. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (27), 147-162.

Grofman, B. (1985). The neglected role of the status quo in models of issue voting. *The Journal of Politics*, 47(1), 229-237.

Hinich, M. y Munger, M. (1997). *Analytical politics*. New York: Cambridge University Press.

Huckfeldt, R., Mondak, J. J., Craw, M., y Méndez, J. M. (2005). Making sense of candidates: Partisanship, ideology, and issues as guides to judgment. *Cognitive Brain Research*, 23(1), 11-23.

Kenski, K., y Jamieson, K. H. (2010). The effects of candidate age in the 2008 presidential election. *Presidential Studies Quarterly*, 40(3), 449-463.

Leal, F. (2010). Políticas de seguridad. De improvisación en improvisación. En A. Rettberg (comp.), *Conflicto armado, seguridad y construcción de paz en Colombia* (pp. 315-350). Bogotá: Universidad de los Andes.

Linz, J. J. (1990). The perils of presidentialism. *Journal of Democracy*, 1(1), 51-69.

Llorente, M. V. (2009). Introducción: Tendencias recientes en el conflicto armado interno y en la búsqueda de la paz en Colombia. En C. J. Arnson y M. V. Llorente (eds.), *Conflicto armado e iniciativas de paz en Colombia* (pp. 8-19). Bogotá: Fundación Ideas para la Paz - Woodrow Wilson International Center for Scholars.

Matthews, S. A. (1979). A simple direction model of electoral competition. *Public Choice*, 34(2), 141-156.

McDermott, M. L. (2009). Voting for myself: Candidate and voter group associations over time. *Electoral Studies*, 28(4), 606-614.

Merrill III, S., y Grofman, B. (1999). *A unified theory of voting: Directional and proximity spatial models*. Cambridge: Cambridge University Press.

Morgenthau, H. J. (2012). *The concept of the political*. New York: Palgrave Macmillan.

Nadeau, R., y Nevitte, N. (2011). Leader effects and the impact of leader characteristics in nine countries. En K. Aarts, A. Blais y H. Schmitt (eds.), *Political leaders and democratic elections* (pp. 127-146). Oxford: Oxford University Press.

Neustadt, R. E. (1990). *Presidential power and the modern presidents. The politics of leadership from Roosevelt to Reagan*. New York: Free Press.

Noticias Caracol (agosto 15 del 2017). Termina la entrega de armas de las FARC y menores que estaban en sus filas.
<https://www.youtube.com/watch?v=bqv0mjfw698>.

Ono, Y., y Burden, B. C. (2019). The contingent effects of candidate sex on voter choice. *Political Behavior*, 41(3), 583-607.

Palacios, M. (2001). Una revisión histórica de los procesos de paz en Colombia: ¿El proceso o la paz? En F. Cepeda (ed.), *Haciendo paz. Reflexiones y perspectivas del proceso de paz en Colombia* (pp. 41-50). Bogotá: Embajada de los Estados Unidos de América - Fundación Ideas para la Paz.

Parry, G. (2005). *Political elites*. Colchester: European Consortium for Political Research.

Petrich, B. (agosto 5 del 2010). Fenómeno de percepción social: la estrategia de Seguridad Democrática de Uribe. *La Jornada*. <https://bit.ly/3DZWQGT>.

Pizarro, E. (2017). *Cambiar el futuro. Historia de los procesos de paz en Colombia (1981-2016)*. Bogotá: Debate.

Rabinowitz, G., y Macdonald, S. E. (1989). A directional theory of issue voting. *American Political Science Review*, 83(1), 93-121.

Rico, G. (2002). *Candidatos y electores. La popularidad de los líderes políticos y su impacto en el comportamiento electoral*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.

Rivas, J. M., y Roll, D. (2016). Los acuerdos de paz: ¿tema central de los partidos en la campaña presidencial de 2014 en Colombia? *Ciencia Política*, 11(21), 365-396.

Rivas, J. M. y Bohigues, A. (2022). *Friend or foe? When political elites evaluate foreign leaders*. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 37(109): 1-34.
<https://doi.org/10.1590/3710904/2022>.

Roberts, K. (1999). El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano. En M. Mackinnon y M. A. Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta* (pp. 375-407). Buenos Aires: Eudeba.

Rodríguez, D. A. (2012). Liderazgos presidenciales en tiempos de crisis y transformación de los formatos representativos en la democracia argentina: los casos de Carlos Menem (1989-1995) y Nestor Kirchner (2003-2007). [Tesis doctoral]. París: Institut d'Études Politiques de Paris.

Rogowski, J. C., y Sutherland, J. L. (2016). How ideology fuels affective polarization. *Political Behavior*, 38(2), 485-508.

Rojas, D. M. (2007). Plan Colombia II: ¿más de lo mismo? *Colombia Internacional*, (65), 14-37.

Sánchez, J. (2004). Líderes y élites. *Reflexión Política*, 12, 28-39.

Santos, E. (2014). *Así empezó todo. El primer cara a cara secreto entre el Gobierno y las FARC en La Habana*. Bogotá: Intermedio.

Schmitt, C. (2007). *The concept of the political: Expanded edition*. Chicago: University of Chicago Press.

Shepsle, K. A. (1979). Institutional arrangements and equilibrium in multi-dimensional voting models. *American Journal of Political Science*, 23(1), 27-59.

Torcal, M., y Bargsted, M. (s. f.). *Critical citizens' or "polarization" of political trust? A comparative longitudinal analysis in Latin America*. (En prensa).

Weber, M. (2004). Politics as a vocation. En D. Owen y T. B. Strong (eds.), *The vocation lectures* (pp. 32-94). Indianapolis: Hackett Publishing.

Weisberg, H. F. (1974). Dimensionland: An excursion into spaces. *American Journal of Political Science*, 18(2), 743-776.

Westholm, A. (1997). Distance versus direction: The illusory defeat of the proximity theory of electoral choice. *American Political Science Review*, 91(4), 865-883.

Weyland, K. (1999). Neoliberal populism in Latin America and Eastern Europe. *Comparative Politics*, 31(4), 379-401.

Wittman, D. A. (1973). Parties as utility maximizers. *American Political Science Review*, 67(2), 490-498.